

ORIENTACIONES

LOS FALSOS MILAGROS

Llamamos especialmente la atención de nuestros lectores sobre el siguiente artículo. Lo escribió hace algunos meses Monseñor Alfredo Ottaviani, Asesor en Roma de la Congregación del Santo Oficio, y publicado en primera plana del diario oficial del Vaticano "L'Osservatore Romano". Numerosas publicaciones católicas de todo el mundo lo han reproducido, pues en él se aclaran conceptos muy importantes, y se dan normas seguras para poner límite a la ola de falsos milagros, apariciones y diversos prodigios (?) que la credulidad y la ignorancia de muchos cristianos han aceptado y propalado, sin contar con las enseñanzas de nuestra Madre la Santa Iglesia. Léase con atención este artículo, porque su doctrina es de enorme actualidad.

(N. de la R.)

Ningún católico pone en duda no sólo la posibilidad, sino la realidad del milagro.

La misión y la naturaleza divina de Cristo se ha demostrado también por los grandes y numerosos milagros que el Señor obró en este mundo; después, la Iglesia naciente superó las primeras dificultades y persecuciones, porque estaba sostenida por una particular asistencia del Espíritu Santo, que resultaba casi tangible por los carismas de que gozaban los apóstoles y muchas almas elegidas de las primeras generaciones cristianas.

Una vez consolidada la Iglesia, los dones carismáticos, como es bien comprensible, disminuyeron, pero no cesaron.

La asistencia del Divino Espíritu y la presencia de Cristo en su Iglesia durará hasta el fin de los siglos, y esta asistencia se manifiesta incluso con signos exteriores de lo sobrenatural: con milagros.

Para no poner sino unos pocos ejemplos, basta aludir a los milagros que se examinan para proceder a la beatificación de los siervos de Dios y a la canonización de los beatos. Son investigados rigurosamente, tanto desde el punto de vista científico como del teológico. Y todos saben con cuán escrupuloso rigor son examinadas las curaciones milagrosas que ocurren en Lourdes.

Pretendidos hechos sobrenaturales.—

No se quiera, pues, acusarnos de ser e-

nemigos de lo sobrenatural si ahora nos ceñimos a poner en guardia a los fieles por las informaciones incontroladas de pretendidos acontecimientos sobrenaturales que en nuestros días pululan un poco por todas partes y crean el peligro de que se desacredite el verdadero milagro.

Por lo demás, Jesús mismo nos había ya puesto en guardia contra los "falsos Cristos y falsos profetas"; que "harán grandes señales y prodigios hasta seducir, si fuese posible, a los mismos elegidos" (Mat 24,24). Y hechos de este género ocurrieron desde los primeros tiempos de la Iglesia (cfr Act. Apost 8, 9). Por eso es un derecho y un deber del magisterio de la Iglesia emitir un juicio sobre la verdad y sobre la naturaleza por una especial intervención divina. Y es un deber de todos los buenos hijos de la Iglesia someterse a este juicio.

Como sobre todas las madres, recaen sobre la Iglesia los más onerosos y dolorosos deberes; y como a todas las madres, a veces le toca a la Iglesia no sólo el deber de obrar, sino el deber de sufrir, callar y esperar. Hace cincuenta años, ¿quién se habría imaginado que la Iglesia tuviese que poner en guardia a sus hijos, e incluso a algunos sacerdotes, contra pretendidas visiones, contra milagros alegados, en suma, contra todos esos hechos calificadas como preter-naturales que de un continente a otro, de un país a otro, atraen y excitan por todas partes a las multitudes?

Entonces, con tanto cientifismo y posi-

tivismo de moda, habría hecho reír a quien hubiera prestado atención y dado crédito a cosas que se llamaban supersticiones de la edad oscura; entonces se quería mal a la Iglesia, única que se obstinaba en defender la existencia, el valor espiritual negativo o positivo, la belleza o la fealdad de tales hechos. Uno de los temas más frecuentes y solemnes de la apología era entonces el milagro.

Ahora la Iglesia tiene que advertir a sus hijos, por boca de sus Obispos y repitiendo palabras del Divino Maestro (cfr Mat. 24.24), que no se dejen desviar fácilmente por semejantes acontecimientos, que no crean sino con los ojos bien abiertos y previas las más autorizadas investigaciones y encuestas.

Pasión popular por lo maravilloso.—

Asistimos desde hace años a un recrudescimiento en la pasión popular por lo maravilloso aun en materia de religión. Multitudes de fieles se dirigen al lugar de presuntas visiones y pretendidos prodigios y a veces desertan de la Iglesia, de los sacramentos, de la predicación.

Personas que ignoran las primeras palabras del credo se hacen apóstoles de ardiente religiosidad. Hay quien no tiene empacho de hablar del Papa, de los Obispos, del clero en términos de clarísima reprobación, y después se indignan de que no tomen parte, envueltos entre el pueblo, en todas las incandescencias y en todas las escandescencias de ciertos movimientos populares.

La cosa, por desagradable que sea, no debe maravillarnos.

En el hombre es un sentimiento natural aun el sentimiento religioso. Como el hombre es un animal racional, como es un animal político, así es un animal religioso. El pecado original, al llevar el desorden y el desequilibrio a la naturaleza del hombre y a todos sus sentimientos, atacó, por decirlo así, también el sentimiento religioso. Se explican, por tanto, las desviaciones y los errores de tantas religiones naturales, ni más ni menos que se explican tantos absurdos de la historia del hombre. Verdad es que en materia de religión semejantes errores son más penosos.

Sino que la revelación y la gracia, habiendo venido a redimir al hombre de sus oscuridades y deficiencias, han restituido al hombre a la rectitud de su naturaleza, sobre todo en el orden religioso. Y esta gracia, después de haber sanado la naturaleza herida y enferma, suministra a la naturaleza misma super-

abundantes fuerzas para el servicio y el amor de Dios: fuerza de luz, llama de calor. De la palabra y de la sangre de Jesús nació la Iglesia, custodia e intérprete de la verdadera religión.

No hay que creer que se es religioso de cualquier manera que se sea, hay que serlo bien. Puede haber, y hay, desviación del sentimiento religioso, lo mismo que de los restantes sentimientos. El sentimiento religioso debe estar guiado por la razón, alimentado por la gracia gobernado por la Iglesia, como toda nuestra vida, y más severamente. Hay una instrucción, una educación, hay una formación religiosa. Los que con tanta ligereza han combatido la autoridad de la Iglesia y el sentimiento religioso, hoy se encuentra entre los excesos de la irreflexión de un sentimiento religioso instintivo, sin ninguna luz de razón, sin ningún apoyo de gracia, sin ningún freno ni gobierno. Y tan así es, que se desfogan en deplorables desobediencias contra la autoridad eclesíástica que interviene para poner el freno debido. Así ha ocurrido en Italia inmediatamente de las pretendidas visiones de Voltago; en Francia, con los hechos de Espis y de Bouxières; con las reuniones de Hamsur-Sambre (Bélgica); en Alemania, con las visiones de Heroldsbach; en los Estados Unidos, con las manifestaciones de Nac-dah (La Crosse), y podríamos continuar citando ejemplos en otros países próximos y remotos.

Excesos de irreligión y religiosidad desbordada.—

El período que estamos atravesando se encuentra entre los excesos de la irreligión abierta y despiadada o de la religiosidad desbordada y ciega. La Iglesia, perseguida por los unos, comprometida por los otros, no hace sino repetir su advertencia maternal; pero su palabra no la escuchan ni las negaciones de los unos ni la exaltación de los otros.

La Iglesia no quiere ciertamente ocultar en la sombra lo que Dios hace de prodigioso; pero quiere ilustrar a los fieles sobre lo que viene de Dios y lo que no viene de Dios y que puede venir de su adversario y adversario nuestro: es enemiga del talso milagro.

Un buen cristiano sabe, y lo sabe por su catecismo, que la verdadera religión está en la verdadera fe, está en la revelación, la cual terminó con la muerte del último apóstol y fué confiada a la Iglesia, que es su intérprete y custodia.

No puede ser revelado nada más que

sea necesario para nuestra salvación; no tenemos nada que esperar, lo poseemos —si quisiéramos valernos de ello— todo. Aun las visiones más acreditadas pueden suministrarnos nuevos motivos de fervor, pero no nuevos elementos de vida y de doctrina. La verdadera religión está esencialmente, además de en el conocimiento, en el amor de Dios y en el consiguiente amor del prójimo; y el amor de Dios, aun antes que en los actos de culto y de rito, está en hacer la voluntad de Dios en obedecer sus preceptos. En esto consiste la verdadera religión.

Un buen cristiano sabe que en los mismos santos la santidad no consiste, por su naturaleza, en los dones preternaturales de visiones, profecías, prodigios, sino que está toda en el ejercicio heroico de la virtud. Una cosa es que Dios, en cierto modo, autentique con el milagro la santidad, y otra cosa es que la santidad consista en el milagro. No debemos confundir lo que es la santidad con lo que puede serlo y es, de ordinario, una contraseña infalible de ella; pero no es siempre tan claro que no haya necesidad del control necesario de la autoridad religiosa.

Las enseñanzas de la Iglesia no han sido nunca equívocas a este propósito; y el que va, más que tras la palabra de Dios, tras de acontecimientos de interpretación dudosa, ama más al mundo que a Dios. Aun en el caso de que la autoridad de la Iglesia canonicamente a un santo, no por eso solo garantiza el carácter prenatural de todos los hechos extraordinarios, y mucho menos aprueba todas sus opiniones personales; todavía menos garantiza cuanto narran, frecuentemente con imperdonable ligereza, biógrafos más ricos de fantasía que de juicio.

Credulidad e incredulidad.—

Para ser religiosos es preciso, volvemos a decirlo, serlo bien y debidamente. Para ser cristianos y ser devotos es precisa toda la atención que ponemos en las cosas más serias de la vida. Al buen creyente le daña tanto la incredulidad como la credulidad. Está bien: no todos pueden formarse una opinión directa de todos los detalles; pero entonces, ¿para qué están los Obispos y el Papa?

Es extraño: ninguno se atrevería a construirse por sí mismo una casa, coserse el vestido, hacerse un par de zapatos, curarse una enfermedad. Pero cuando se trata de la vida religiosa, se rechaza toda autoridad, se le niega to-

da confianza y hasta se desconfía y se desobedece desenvueltamente.

El sacerdote católico ha sido en los últimos doscientos años, y de modo más agudo en los últimos cincuenta, tan acusado, insultado, denigrado, tanto por la política como por la literatura, que se comprende que los fieles sólo a duras penas se acerquen y tengan confianza con el sacerdote. Pero en el innegable retorno a Dios a que asistimos, los fieles deben vencer toda prevención y volver a vivir en comunidad de sentimientos, de pensamientos y de fe con el sacerdote. De un decenio a esta parte, mientras que la autoridad religiosa permanece en prudente duda, el pueblo rompe toda cadena y se precipita en masa sobre hechos maravillosos que lo menos que se puede decir es que son incontrolados.

Debemos decir honradamente que fenómenos de este género serán hechos de religiosidad natural, pero no son hechos cristianos y prestan un apoyo temible a cuantos en el cristianismo mismo, y frecuentemente en el catolicismo, quieren descubrir a toda costa infiltraciones y persistencia de supersticiones paganas. Del mismo modo que en nuestra vida moral se insinúa la culpa, así puede insinuarse en uno u otro individuo católico el error, y no es de maravillar a quien conoce lo que el hombre es; pero del mismo modo que la culpa debe ser reconocida como culpa si queremos librarnos de ella, así el error. Y como la Iglesia tiene el poder de perdonar los pecados, así tiene la divina misión de rescatarnos de los errores.

Escuchen los católicos la palabra de Dios, que la Iglesia y solo la Iglesia conserva y repite íntegra e incorrupta; y no corran, como ovejas sin pastor, a donde resuenan otras voces que lo que quieren es cubrir la voz de Dios, si es verdad que se oponen a la voz de la Iglesia. Tenemos la Sagrada Escritura, tenemos la tradición, tenemos al Pastor Supremo y cien pastores junto a nuestra misma casa. ¿Por qué a quien nos combate y nos desprecia tenemos que darle un espectáculo de fatuidad o de insana exaltación? “Sed cristianos más lentos para moveros —escribía ya en sus tiempos Dante—; no seáis como pluma a todo viento”; y daba las mismas razones que tenemos nosotros: “Tenéis el Viejo y el Nuevo Testamento y el Pastor de la Iglesia, que os conducirá”, y concluía, como concluimos nosotros: “Esto os basta para vuestra salvación”. (Par. V, 73-77).

Alfredo Ottaviani